

gitimidad, que pudiera el crimen pasar á virtud porque lo dorara el tiempo con sus esmaltes y lo unguiera el género humano con sus adulaciones y con sus besos. Rotas las leyes; desconocida la soberanía del Senado; puestos los haces de los lictores contra el pueblo y por el monarca; en el Foro destruída la tribuna de los Rostros y en el Capitolio alzados númenes propicios á la tiranía; trocadas las sacras colinas donde tronaran los oradores, en peldaños del trono; la Ciudad Eterna con amo, cual esclava de los harenes orientales, constituíase una tierra nueva, dentro de la cual no había ni aire respirable para su alma, ni espacio siquiera para su cuerpo. Pompeyo ha perecido bajo el doble peso de su infortunio y de su nombre; tócale á Catón perecer también. Mas antes quiere decir la última palabra sobre aquel á quien llamaba su jefe y aquietar sus manes con algún profundo consuelo. No encontraba en Pompeyo aquella rigidez histórica de los antiguos romanos, por no permitirlo, sin duda, la tristeza de unos tiempos que confundían el triunfo con el derecho y demandaban á la virtud severa holocaustos para el vicio feliz. La prepotencia de Pompeyo se diferenció de la prepotencia de César en que pudo ejercerse y desarrollarse con rigor sin detrimento ninguno de la libertad. El pueblo le hubiera nombrado señor, y él se contentaba con la dignidad modesta de ciudadano. Le tuvieron los senadores por jefe; mas así como su prepotencia militar no dañara de ningún modo á la libertad, su jefatura parlamentaria no dañó al Senado. Jamás creyó que debía dominar en Roma. Obligóle tanto más todo lo recibido del pueblo, cuanto menos obligado se creía éste á dárselo por cesión y más podía, en la completa posesión de sí mismo, rehusárselo. Rico, enriqueció más las cajas de su patria que la propia caja. Noble, creyó que su nobleza le imponía el aprecio, no el desprecio de su pueblo. Siempre que opuso á cualquier causa las armas fué para seguidamente deponeirlas. Quería el ejército mientras duraba la guerra. La paz del mundo le agradaba más que la victoria propia. Corrió á la cabeza del ejército como á la cabeza del pueblo, más con resolución de servirlos que de mandarlos. Su persona fué siempre al ostentoso lujo repulsiva y al vicio corruptor su casa. Él se hubiese, no complacido, sí avergonzado de reinar. Así en la misma hoguera donde se consumieran sus restos acababan de consumirse la libertad, la

ley, la república. El cielo quiso favorecerle al fin, permitiéndole morir víctima de un monarca y no vasallo de otro. Los que nacieron libres deben apresurarse, cuando recelan que se acerca un tirano, á morir por su libertad. Si Roma, en vez de tribunos, ofrece tan sólo césares, hasta las almas de los muertos en la república deben cerrarse á todas las evocaciones, y no venir del silencio y del olvido á escuchar el romano silencio y ver aquí el triste olvido de todas las antiguas virtudes. Así es que importara mucho á los buenos morir en tal estado y tener para la pira de su cadáver tal virtud que hiciese su sombra inmortal sorda por completo á todos los conjuros y á todas las evocaciones. Duerma en buen hora la Ciudad Eterna el sueño de todos los vicios; pero que no despierte con sus ronquidos á los buenos. Inútiles por completo las trípodas y las consultas para los númenes de la muerte. Lo que se necesita con ella es una firme y segura voluntad. En fin, jamás acabaríamos si hubiésemos de contar todos los pensamientos que cruzaban la inteligencia de Catón á la hora de saber ya muertas la libertad y la república en Roma. En todos estos pensamientos predominaba uno tan sólo, el pensamiento de amor al descanso y al reposo en brazos de la eternidad. Morir equivalía en el fondo á triunfar. Y equivalía en el fondo á triunfar porque la vanidad orgullosa de César, así como requería esclavos de todos los pueblos para mostrar su fuerza, requería jefes de todos los partidos para mostrar su misericordia. Podían á esto conformarse Cicerón, el cual, fugitivo, desde Farsalia á la triste Brindis iba componiendo frases elocuentes que colocar en la diadema de César; Bruto, que aceptaba sin escrúpulo el gobierno de la Galia cisalpina, hostigado por su madre Servilia; Casio, quien había cedido entre los estremecimientos primeros de la derrota una escuadra; pero no el alma de Catón. Y debe añadirse que también el alma de su hija Porcia, donde se iluminara la conciencia y se determinara la voluntad de Bruto, suspensas por las maquinaciones de Servilia.

»Catón personifica las ideas estoicas. Y las ideas estoicas elevan al hombre hasta sobreponerle al dolor. El republicano había visto la muerte de hito en hito y jurádole un desposorio inmediato. Con esta resolución soportó en el mar tempestades, no tan desordenadas como las interiores é íntimas de su tormentoso espíritu. Con

esta resolución recogió los restos de la gente republicana, que consigo conducía en su flota, y la impelió desde la pequeña Sirte hasta la célebre Utica. Aunque se iniciaba el invierno, y por tanto una estación más propicia, en aquel africano voraz clima del desierto, á las peregrinaciones, un martirio sufrió Catón durante aquel prolongado viaje, á cuyo término se hallaba como un descanso la muerte. No usando, por costumbre apenas creíble, los romanos todavía del camello, cuyo paso tan sólo devora los infinitos arenales, experimentaron angustias terribles y tuvieron que resignarse á tardanzas desesperantes. El cielo como una brasa; la tierra como un horno; el aire como los resuellos del Etna; los torbellinos arremolinados en trombas; las arenas batidas y alzadas, cual montañas, en alas del viento, y quemando como erupciones volcánicas; tales calamidades juntas contribuyeron á poner en trance de muerte mil veces la tropa conducida por Catón, que mostró la superioridad incalculable de su indómito espíritu sobre la naturaleza. En efecto, el ejército aquel, guiado por un filósofo, más era ejército de paciencia que no ejército de combate. Pudiendo impedir á César el paso desde los territorios griegos al territorio egipcio y del territorio egipcio al territorio itálico, ninguna empresa intentó, como si una fascinación lo paralizase y detuviese. Cierta que toda la marina se portó en aquel conflicto de Farsalia igualmente. Con el número de naves que tenían los republicanos en la mar griega, no supieron ofender ni molestar á los vencedores. Las escuadras de Pompeyo, las escuadras de Casio, las mismas escuadras de Catón sólo sirvieron á la fuga universal. Y, sin embargo, por esa petulancia propia de los partidos, que creen perdida la honra si pierden la esperanza, los republicanos todavía confiaban á una en la fragilidad del imperio cesáreo, y creyendo próxima la ruina de César, desde los escombros de su propia ruina irremediable y suprema todavía se disputaban entre sí el mando y dirección de sus partidarios, cuando no había sabido ninguno disputar al tirano el mando y dirección de la tierra. Catón creyó siempre que las armas no podían servir ni valer en defensa de la libertad y de la república, pues cuando no acertaban éstas á imponerse por la fuerza de su virtud intrínseca, mal se impondrían por la fuerza del combate y del triunfo. Desde que las guerras civiles comenzaron, el estoico

no se vistió una sola vez de lujo; y desde que la batalla de Farsalia se perdió, ni quiso acercarse á mesa ninguna, ni en lecho tenderse para comer, sustentándose con aquellos alimentos indispensables á sostener por algún tiempo su vida.

»Un año resistió Catón todavía las tentaciones de suicidio, á ver si el triunfo se tornaba del lado de los suyos en las últimas y supremas porfías. Desesperanzado siempre, no obstó su desesperanza irremisible al cumplimiento de los deberes íntegros. Él mantuvo en Utica un verdadero núcleo de las fuerzas republicanas y un vivo reto á la victoria de César. Pero el dictador, tan rápido en concebir como en ejecutar, tan clarividente por sus previsiones como seguro por sus acuerdos y certero por sus golpes, plantóse con celeridad en Africa, no fuera que la protesta llegase á victoria. El postrero de los Escipiones, el célebre Labieno, los hijos de Pompeyo, se reunieron allí bajo las dos alas del alma de Catón, y honorariamente presididos por el rey africano Juba, fidelísimo á las viejas instituciones á pesar de su vanidad bárbara, quien les acorrió con su ligera caballería nómada. Pero todo lo superó César. La victoria de Thapso en las costas de África vino á completar la victoria de Farsalia en las costas de Grecia. Catón, que había quedado en Utica, recibió con celeridad extraordinaria, por aquello de que las noticias nefastas tienen alas, el anuncio de la desgracia. Una vez conocida, bien que no extrañada, reunió los trescientos ciudadanos de Roma en la ciudad habitantes y les aconsejó la defensa. Mercaderes más que políticos, resistieron á toda resistencia y declararon importarles poco la victoria de César, con el cual no querían habérselas, dispuestos á reconocerle por soberano y á obedecer sus órdenes. Catón, al ver todo esto, con lo cual contaba, curóse tan sólo de cumplir los postrimeros deberes, y cerrando todas las puertas de aquella ciudad que daban al desierto y abriendo las que daban al mar, conjurólos con verdaderas instancias rayanas en mandatos para que se partiesen y burlaran así las cóleras de César huyendo á sus venganzas. Los rogados y excitados por tan apremiante modo tuvieron que ceder, y dejaron á Catón solitario en compañía de sus dos jóvenes hijos y de dos filósofos griegos, con los cuales, mientras el afortunado guerrero se acercaba, púsose á departir sobre temas tan metafísicos, pero tan humanos, como la

muerte y la inmortalidad. El pensamiento último correspondiente á la vida y á la tierra que tuviera el romano, fué la despedida y salvación de Labieno y de Pompeyo, quienes se partieron hacia España con ánimo resuelto á sostener todavía la república y la libertad romanas contra César. Cumplida tal obligación, puestos en cobro cuantos pudieran correr algún peligro, salvados los jefes, ya Catón apenas podía de otro ningún objeto acordarse que de las ideas eternas preparatorias á su muerte. No quería vivir sin la república y sin la libertad. Por lo mismo que no quería vivir sin ellas, y estaba dispuesto á inmolarsé por la propia mano sobre su recién abierto sepulcro, maravillan y extrañan más los cuidados bien solícitos y múltiples que supo consagrar á las últimas y más rudimentarias vulgaridades de la vida. Cuarenta y ocho años tenía no más en la hora de su muerte, de una muerte solitaria y requerida como pudiera solicitar y requerir á un vil amante con pudor y en silencio. Sin embargo, los últimos entre deudos y partidarios y colegas que le acompañaban, llegaron á entrever en lo reposado y majestuoso de su continente personal, en lo sereno y fijo de sus ojos vueltos casi á lo interior del espíritu, en lo menospreciador de tantas fatalidades como le abrumaban á él y á su patria, en lo elevado y sublime de sus ideas, en la unción casi melodiosa de sus conversaciones, en todo su ser, que aquella personalidad suya iba poco á poco rompiendo las cadenas del organismo y del cuerpo hasta en grandiosas anticipaciones de la inmortalidad transfigurarse, y eterizándose, como la mirra y el incienso quemados en las trípodes sacras de los sacrificios, tocar en lo invisible y en lo eterno cual un puro espíritu.

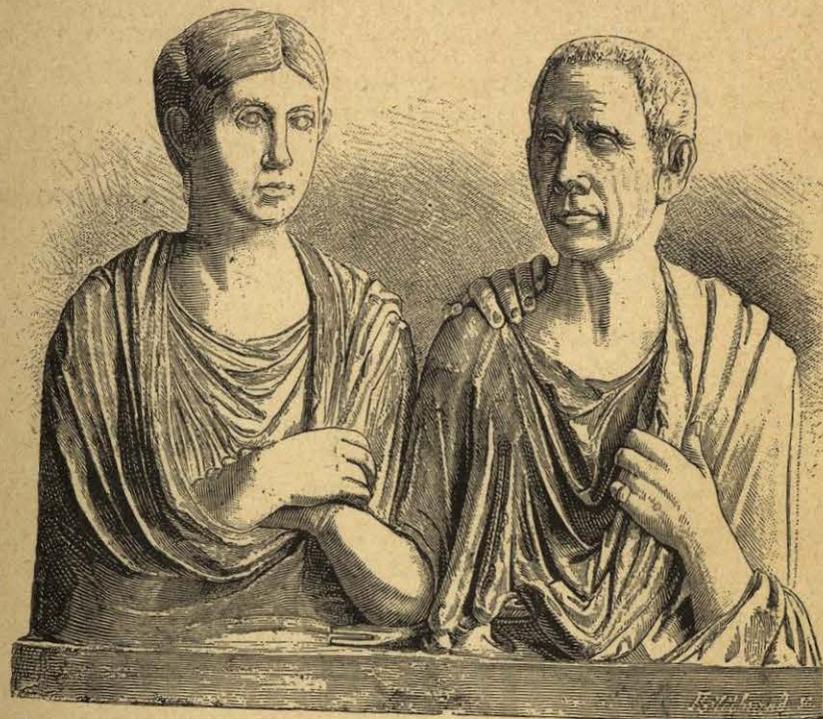
»Como buen clásico no creyó Catón despedirse bien del mundo si una cena, cena de aparato con sus hijos y con sus partidarios, dejaba de preceder al premeditado suicidio. El que durante las agonías del principio republicano comiera de pie siempre, tendióse con serenidad en amplio lecho á la vieja moda romana y gustó los manjares á la par que gustaba del diálogo. El ciudadano había peleado con la fatalidad como un héroe, cumplido todas las obligaciones respecto de su patria y de su estirpe y de su clase, puesto el empeño de un perdido naufrago en salvar entre las cóleras de los hombres y bajo los decretos del destino la libertad romana. Todo

se frustró, y ya no le quedaba otro remedio sino abstraerse de la realidad horrible, donde triunfaban el vicio y el mal, para con esfuerzo superior de voluntad y pensamiento abrirse las puertas eternas del sepulcro y entrarse por la región etérea del ideal purísimo, resplandeciente, de una eterna claridad. Sus dos amigos pertenecían, el uno á la escuela peripatética y el otro á la escuela estoica. Catón les propuso el tema de la inmortalidad en la serie dialéctica expuesta por los diálogos platónicos. Parecía que se levantaban los plátanos del Pireo, y que, á manera de las abejas áticas alimentadas en los romeros y tomillos del Híbla, venían las ideas platónicas en sonoros enjambres á encantar el trance último de la vida y traer como una miel dulcísima las esperanzas de nuestra especie frágil y perecedera en la divina inmortalidad. Inmortal es el alma y destinada por el cielo á unirse con la suprema unidad. Por el pensamiento participamos los míseros mortales de la divina inteligencia y por la virtud participamos de la divina perfección. ¡Ah! No puede morir quien, hallándose á este cuerpo tan frágil esclavizado y sujeto, aún tiene una fuerza interior que le somete la materia y le sojuzga las pasiones. Pensar sin el cuerpo, con la pura virtud íntima del pensamiento, en la suprema esencial substancia de cada cosa, obra divina es tal, que no pueden alcanzarla de ningún modo ni el tiempo ni la muerte, como emanación directa de la eternidad. Las sublimes armonías entre los contrarios enlazan y confunden el amor con la muerte. Antes de aprender ya sabemos algo que por viva reminiscencia guardamos de otro mundo mejor, y antes de morir ya tenemos aspiraciones á lo infinito y á lo eterno que sólo pueden satisfacerse allá en la misteriosa inmortalidad. Esta razón humana, que tiende á la unidad, encuentra la unidad en Dios. Como las cuerdas áureas de las armoniosas liras producen, tocadas por los dedos, que la inspiración mueve, notas superiores á ella misma, tañidos estos nervios nuestros por Dios, son en sí las ideas esencialmente divinas por superiores á nuestra humanidad. Y por las ideas enrojecemos las oscuras cosas en el fuego celeste, y por las ideas prestamos á todo lo inerte movimiento, y por las ideas esclarecemos el universo material, y en alas de las ideas nosotros mismos ascendemos con rápido vuelo á las cimas donde se alzan los eternos é incommunicables arquetipos de

los cuales todo lo existente parece pobre copia: sublimes palabras con que los platónicos y Platón supieron, allá en el antiguo mundo, confortar á los héroes y á los mártires de Grecia y Roma. Lo cierto es que sin ese apoyo ideal de un pensamiento filosófico tan sublime, acaso Catón careciera de fuerzas para tornarse contra los decretos del destino y penetrar sereno en las sublimes y etéreas anticipaciones de la inmortalidad.

»Tras estas reflexiones sublimes, manifestadas en banquete parecido á los banquetes de Platón, apartóse con solemnidad el austerísimo romano de sus comensales y se recluyó en su cuarto. Ya dentro de aquellas cuatro paredes miró el abismo de la eternidad con serena mirada y resolvió arrojarle á su insondable seno en el siguiente amanecer. Leyó el Fedón dos veces en rollo que llevaba siempre consigo, y las ideas del maestro le fortalecieron en la robustez de sus propósitos, así como le alentaron á ponerlos por obra, seguro de la inmortalidad. Aquella elocuencia melodiosa del gran filósofo de las ideas, oponiendo frente al reducido hueco de un sepulcro la inmensidad del espacio, á lo breve y fugaz de nuestra vida el tiempo eterno, al cuerpo que se desprende y cae sobre la tierra el vuelo de nuestro inquieto espíritu hacia lo infinito, aquella melodiosa elocuencia de Platón lo transportó al cielo de la justicia, después de haberle sugerido un menosprecio y un disgusto acerbísimos por esta tierra de los tiranos y de las tiranías. Concluida la lectura con arrobamiento, decidió morir con severidad. La conciencia en tales términos había dominado á la voluntad y la voluntad á los nervios, que no tuvo ni una repulsión siquiera en la cual se denotase la resistencia de su instinto al dolor y á la muerte. Como buen romano, era Catón buen militar, y como buen militar tenía consigo siempre su espada. Ninguno de aquellos hombres, ninguno, se acostaba sin colgar este instrumento de su defensa muy cerca del sitio de su reposo. Catón había colgado su espada en la cabecera de su lecho. Fué á descolgarla para matarse, porque la conversación del banquete con los amigos y la lectura del diálogo espiritualista aclararon los movimientos de su alma, y encontróse con que había la espada desaparecido de su puesto. Disgustadísimo llamó á voces al siervo encargado de su alcoba. No respondía. Continuó leyendo mientras le aguardaba, pero no ve-

nía, retenido por la familia y los amigos, que descolgaran el fatal instrumento á fin de impedir la muerte. Viendo, tras un corto rato, que no llegaba el llamado, lanzóse á la puerta de un salto, abrióla de un golpe y dijo que, hallándose muy cerca el vencedor, no quería caer vivo en sus manos. Al oír esto los que vigilaban sus actos desde fuera, pugnando por conservarlo para la patria, para la fa-



Porcia y su esposo Catón de Utica

milia, invadieron el cuarto con tumulto, dirigiéndole ruegos entrecortados por sollozos. Los partidarios últimos, los clientes predilectos, los filósofos compañeros suyos, los hijos del alma, componían aquel cortejo que levantaba los brazos y las voces al cielo entre amargas exclamaciones con la intensidad de su desesperación, para en la vida retenerlo y salvarlo de sí mismo. Mas el inflexible republicano se mostró tan entero de carácter y tan resuelto por la propia inmólación, que opuso á dolor tan profundo y sincero el silencio y la frialdad de un muerto. Nada respondió á reflexiones de filósofos que le habían en el alma infiltrado una doctrina por la cual podía sobreponerse al destino y á sus fatalidades con

acto de suyo tan simple y natural como la muerte. Nada hizo cuando aquellos á quienes diera el ser le instaban para que no llegase á quitárselo con el dolor causado por su muerte.

»Catón parecía una cifra, no una persona. El alma se había desceñido ya del cuerpo cuando aún departía con los circunstantes. Desde las alturas adonde acababa de llegar ya por un esfuerzo anticipado y una visión anticipada también, sólo veía el corto tiempo restante á todos los vivos, aun á los más jóvenes, para entrar, como él, en la eternidad y acompañarle allá por las sombras eternas. Compasión les tuvo al verlos por su instinto grosero atados á la tierra, pero no quiso echarlos. Tanta tenacidad venció todas las resistencias. Una estatua de pórfido requerida por tantos ruegos y regada con tantos lloros hubiérase conmovido y ablandado. Catón, el estoico, apenas dió señal ninguna de sensibilidad. No parecía él, parecía su propia efigie fúnebre levantada ya sobre su mudo y frío sepulcro. Así los circunstantes se fueron, de grado unos, por fuerza otros, despedidos todos. La tranquilidad inalterable del estoico no se alteró á la despedida. El único acceso que sintiera en todas aquellas incidencias, fué un acceso de rabia contra el esclavo que le había ocultado la espada. Cegóse de tal suerte que le golpeó la cara con ímpetu, quebrantándose con el esfuerzo violentísimo su puño. Este movimiento último de vida le amargó más y más la muerte. Como se había dislocado la mano derecha, faltáronle fuerzas para hundirse la espada en el vientre. Y le saltaron las tripas, mas le quedó todavía la vida. Entonces, al resuello de su agonía terrible y al estrépito de su cuerpo derribado, volvieron los suyos. Y como le quisieran someter á que le curaran, cogió con las dos manos los dos extremos de la herida que se había con la espada en el vientre abierto, y rasgándose las entrañas murió sin haber lanzado una queja, quedando extático en beatitud íntima é interior de quien ha cumplido un deber sacratísimo por cuyo cumplimiento pugnara mucho tiempo.

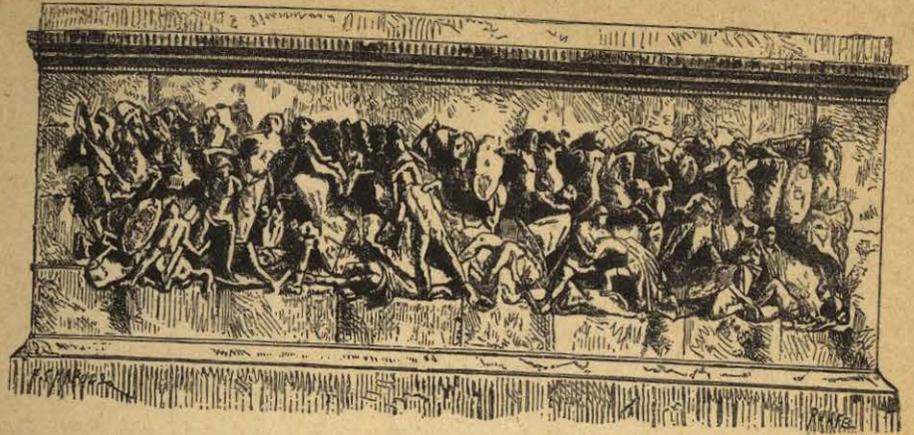
»La muerte de Catón quedó como un ejemplo vivo para la escuela republicana y la escuela estoica. El viejo espíritu de Roma hizo á este hombre completamente suyo. El austero espíritu estoico lo convirtió en ideal de su doctrina, revestido por un humano cuerpo. En su energía se mostró que no acababa él en resigna-

ción y conformidad con los decretos del hado, acababa en protesta, y protesta sublime. Por eso le puso la humanidad entre los héroes y los mártires á un mismo tiempo. Murió, sí, pero murió después de haber combatido y protestado, cuando los mares, los cielos, el desierto, la ciudad entera de su refugio le faltaron dominados bajo la terrible irrupción de los afortunados cesaristas. Su muerte le trocó en verdadero numen de un partido romano que sobrevivió largo tiempo á las victorias del cesarismo, y en verdadero numen de una escuela filosófica que inspiró mucho las obras posteriores de la civilización. Por la filosofía, por la política, por la moral, por el sitio adonde lo alzaba ya la historia contemporánea, Catón quedó como un héroe de la república y de la libertad en el humano pensamiento.»

Hasta aquí el buen Persio. Así podía darse un tan extraño fenómeno como que los sometidos por el hado á Nerón, en los albores de su reinado, se holgasen á una con recordar la república y los mártires de la república, cual si viviesen dentro de la más lata y más firme libertad. Esta contradicción reinante, mientras los restos del partido republicano sobrevivieron á la derrota de sus instituciones, traía una lucha latente, pero continua, entre la ciencia y la política, entre los filósofos y los césares. Mientras no había peligro de ninguna clase, no estallaba la guerra tampoco en la superficie del mundo y en el escenario de la sociedad; pero así que cualquier nube tronaba, cualquier tempestad sobrevenía, cualquier dificultad se levantaba en el camino de los césares ó cualquier obstáculo á sus caprichos surgía, estallaban persecuciones periódicas, en las cuales, rompiéndose la soga por lo más delgado, aparecían los filósofos inmolados como víctimas consagradas al feroz despotismo, nunca saciado de humana sangre.

En tiempo de Claudio las aficiones de éste á todas las controversias permitían todos los atrevimientos á la idea; pero el artista Nerón, que acababa de sucederle, no tenía esas tragaderas y se preparaba con resolución á no consentir otra voz en Roma que su propia voz, á la cual quería dar melodías celestes por su dulzura y caracteres de oráculo por su infalibilidad. Así, allí mismo, en aquella grande asamblea de filósofos y retóricos, en aquella conmemoración ante Claudio del republicano estoico, muerto por la libertad,

comenzaba de seguro aquella oposición abierta entre la filosofía y la política, en cuyos combates habían de cometerse tantos crímenes y por cuyas incidencias habían de generarse tantas tragedias. El pensamiento tiende de suyo á la realidad. No podían decirse tantas cosas sin que alguna se condensara en tormenta y culebrea en asoladoras centellas. Esta oración fúnebre de Catón traía mucha cola. Gentes de acción varias creyeron que no estaban en el caso de reducirse á discursos y necesitaban proceder con mayor actividad y modificar en las llamas del pensamiento las tristes realidades del Imperio. Así el día mismo en que fué ascendido al trono el nuevo César, se urdió contra su poder y su gobierno una conspiración. Pero volvamos al despojo de Claudio.



CAPÍTULO II

LOS FUNERALES DE CLAUDIO

Cuando volvió Nerón de recibir las sendas sanciones, dadas á su poder y á su fortuna por pretorianos y senadores, como el primer y más natural reconocimiento de su autoridad fuera pedirle la consigna, ó sea la formularia frase para la guarnición, llamada entre nosotros santo y seña, pidiéronse en efecto los guardias y dió esta con toda reflexión: «Al modelo de madres.» Verdaderamente no se puede urdir una conspiración palatina con tanto acierto y perseverancia como la ultimada ya por aquella emperatriz formidable, que unía con los arrebatos propios de una sensibilidad exaltada las matemáticas operaciones de un sereno raciocinio. Pero si había en realidad sido la mejor de las madres por montar un trono, como aquel elevado á las plantas ya del hijo de sus entrañas, no la movió en tanta empresa el amor á éste, la movió el amor á sí misma; y no fué Nerón emperador para imperar por sí, lo fué para que imperara en su nombre quien estaba por ley de naturaleza más cerca de él, y hasta cierto punto más sobre él en la tierra: su amorosa madre. No se necesitaba pertenecer á los adivinos y á los astrólogos para presagiar, desde los primeros momentos de aquel reinado,



Agripina laureada
(moneda de oro)



Agripina y Nerón
(moneda de oro)